

## Raíces metafísicas de la revolución (\*)

### I. — NECESIDAD DE UNA METAFISICA DE LA REVOLUCION

En una época eminentemente social, como es la nuestra, se oye hablar con frecuencia de «revolución».

A veces se habla de «revolución» dándole un sentido constructivo; otras veces se entiende todo lo contrario, designando con esta palabra algo que contiene todo su sentido primitivo. Y de la confusión de ambos sentidos se llega no pocas veces a un confusionismo.

Es preciso que examinemos la Metafísica de la revolución, de la primitiva, de aquélla que sólo por derivación y cambio del primitivo significado ha dado lugar a todas las otras acepciones con que luego se ha tomado la misma palabra.

A la luz de este examen veremos que hay dos concepciones radicalmente opuestas:

a) la concepción marxista, que basándose en Marx (y éste, en la fenomenología de Hegel) equipara evolución a revolución, y las enlaza tan íntimamente, que para ella la ley misma de la evolución normal es revolucionaria, con los violentos choques de tesis - antítesis - síntesis;

b) frente a ella la Metafísica cristiana que concibe que la *evolución* normal, ordenada, es un bien; y que sólo por ruptura violenta de este orden se produce la revolución; es decir, que fundamentalmente la revolución es un mal; y sólo «accidentalmente» (en cuanto a veces haya circunstancias tan anormales que el único modo de reaccionar contra ellas con un mal menor, haga indispensable acudir a la revolución) sólo así será origen de un bien.

---

(\*) Una revista filosófica italiana ha dedicado un número a una encuesta sobre este tema. Me pidieron los Directores que expusiese mi parecer sobre el tema de la revolución. Esta contestación es la que ofrezco a los lectores de **ESPIRITU**.

## II. — ¿QUE ES LA REVOLUCION ?

«Revolución» es una palabra que muchos pronuncian, pero cuyo sentido muy pocos precisan antes de usarla. ¿Qué queremos decir cuando hablamos de «revolución» ?

En los seres vivientes hay dos elementos : una materia inorgánica, que ha de ser estructurada, y un principio de vida, que al elevarla a un orden superior, es la raíz de la estructuración y de la teleología que observamos en los vivientes.

Algo parecido sucede con los vivientes «morales» que son las sociedades. Toda sociedad requiere dos elementos : una «materia» (que en este caso son todos los hombres, miembros suyos) y una «forma» o principio unificador, que estructura aquella materia caótica, y la lanza teleológicamente hacia la consecución de un fin : el fin propio del viviente, o sea de la sociedad. Este principio «formal» de la sociedad es la Autoridad.

Si en una planta falla la materia, entonces la planta se pone enferma y muere : el principio teleológico u organizador no ha podido estructurar una materia rebelde. Por ejemplo, si inyectamos un veneno en un viviente, veneno que haga imposible la síntesis química, es decir, el proceso unificador de la vida, entonces el viviente muere : «la materia ha prevalecido contra la forma», y el resultado es la destrucción de aquella colaboración íntima y necesaria entre los dos elementos, que es la única que puede mantener la vida del viviente en toda su lozanía. De un modo parecido, si el principio unificador no se amoldara a la naturaleza de los elementos propios que tiene que estructurar, impondría a la materia síntesis imposibles de alcanzar, y el viviente moriría también : «la forma habría eliminado la materia».

Esto que es ley de los vegetales y animales, vivientes físicos, sucede también con otra clase de vivientes que son las «sociedades» u organismos morales : vivientes morales. La vida psíquica de cada uno de nosotros y la vida de toda la sociedad (como de las diversas sociedades particulares) tiene no pocos puntos de semejanza con la de los vivientes físicos.

Una sociedad para vivir ha de estar en un continuo proceso de integración, asimilando nuevos elementos y transformándolos en propia estructura, en vistas a un fin. Pero si el elemento material de disgregación (la masa, el pueblo) prevalece contra la fuerza suprema y unificadora de la Autoridad, entonces aquella sociedad o viviente moral, enferma y muere. Si al revés la Autoridad sólo atendiese a «su» teleología propia y no a la de «todo el viviente que ha de unificar, es decir, sin tener en cuenta el bien de «todo el cuerpo» social, entonces en estas circunstancias aquella sociedad, como afectada por un tumor que se desarrollase fuera

del bien común del conjunto, perdería la ecología que era su razón de vivir, se convertiría en un monstruo, y finalmente moriría.

Es obvio, pues, que todo viviente esté constantemente amenazado de muerte, porque vivir supone estar ejerciendo actos vitales de un modo ordenado y teleológico en vistas a una constante estructuración; pero en estas actividades (por ejemplo en la nutrición y en la reproducción de células) hay el peligro de que sobrevenga un desequilibrio funcional, ya por la materia que resiste a la estructuración, ya por la forma, que desarrolla a modo de cáncer una proliferación monstruosa.

Cada acto vital equivale a resolver un problema, vencer un obstáculo. Por esto el viviente *evoluciona constantemente*: si no evoluciona, quedaría esclerotizado, inepto para nuevas integraciones y moriría. Cuando la evolución no se hace ordenada o sea teleológicamente, entonces se produce una *ruptura repentina* en el organismo: es la *revolución*.

Balmes, el gran pensador y filósofo español, tiene un pensamiento a este propósito: «¿Queréis evitar las revoluciones? Haced evoluciones» (1).

La «evolución», si se hace ordenadamente según la teleología propia del viviente, que no destruye la ecología de la planta, sino que al contrario la actúa y extiende, es un bien, y hasta un bien indispensable para que haya vida.

La «revolución», que rompe con violencia los tejidos o estructuras del viviente es en cambio, *de suyo* un mal, es una perturbación, que revela la existencia de un mal, y produce otro, que es la sacudida traumática, capaz de agravar y aun de matar a veces al viviente. Sólo *accidentalmente* (como todos los males) pueden acarrear a veces algún bien mayor; como las guerras son, por ejemplo, a veces ocasión de adelantos científicos, hechos con motivo del desarrollo técnico que ellas requieren y ponen en movimiento.

### III. — CONCEPCION MARXISTA QUE IDENTIFICA «EVOLUCION» Y «REVOLUCION».

El marxismo identifica evolución y revolución. Si todo es materia, y ésta evoluciona dialécticamente por un ritmo inmanente y ciego de oposición triádica, entonces toda evolución será la negación violenta y brutal de una antítesis, para que se produzca una síntesis o paso evolutivo al estadio siguiente.

No es éste el lugar de mostrar que es completamente absurda esta concepción marxista, tanto por lo que tiene de «materialis-

(1) BALMES, J.: *Obras completas. Pensamientos sobre literatura, filosofía, política y religión*. Ed. Bibl. Balmes, vol. XIV, pág. 225; Ed. BAC vol. VIII, pág. 342

mo», como por querer unirlo con su extremo antitético, que es ser o querer ser «dialéctico».

Uno de los muchos absurdos que se han opuesto al marxismo es la clara contradicción en que incurre al *fixar* el proceso evolutivo, deteniéndolo en un estadio o situación socialista, sin posibilidad de evolución ulterior. Las aspiraciones del hombre nunca se sacian por completo, y mucho menos con el sólo manjar y vivir material; y por tanto también evolucionará este término socialista (en la hipótesis imposible de que llegase) y por tanto sólo será un «momento» de la evolución; por consiguiente será falso: por tanto no habrá podido siquiera producirse.

Contra Hegel, padre del dialectismo, ya se objetó: si la realidad es un «hacerse» (*werden*) que procede sujetándose a ciertas leyes triádicas (objetaron los mismos seguidores de Hegel, por ejemplo Croce en *Lo vivo y lo muerto de la Filosofía de Hegel*) también será un «hacerse» este sistema de que todo es «hacerse»; lo cual destruye radicalmente el mismo fundamento del evolucionismo dialéctico, para dar paso a un relativismo historista, que equivale al escepticismo.

Además, se ha observado muy bien, que no todo es materia, ni *todo* se produce en la historia por influjo de intereses económicos o materiales. La inmortalidad *personal* a que aspira esencialmente el hombre, no la quiere en el plan miserable de la vida presente, sino en otro superior, que sacie todas sus aspiraciones.

Hasta la misma ciencia física destruye la filosofía marxista al establecer, por ejemplo, la ley de la degradación de la energía, que hace entrever a los mismos físicos, un «final» y un «principio» del cosmos material.

Pero sobre todo es absurdo acoplar a la realidad más baja (la materia) este evolucionismo de la idea o dialéctica. La realidad material no es consciente, y por tanto es ciega. Toda la perfección «ordenada» que en ella se manifiesta, proclama un origen intelectual; y lo que no contiene inteligencia, no puede producir la por choques ciegos de una evolución todavía más ciega.

La noción misma de «verdad» del marxismo, es radicalmente falsa, pues poniéndola en el «trabajo» y condenando toda especulación metafísica como inepta para poseer cualquier verdad, por lo mismo condena el propio sistema marxista, cuya exposición no es un «trabajo» material, sino nacida de una especulación metafísica.

Por esto han salido falsas las profecías de Marx, que aseguraba que el mundo iba a una progresiva centralización de capitales en manos de muy pocos, y a una progresiva desaparición de la propiedad y dignidad en la masa, lo cual haría inevitable la violencia de la revolución. Lo que ha sucedido desde 1848 hasta hoy ha sido exactamente al revés; una progresiva elevación del nivel total de la vida de la masa.

En todos los aspectos la filosofía marxista es claramente falsa y absurda. Es obvio que en los Congresos Internacionales sea despreciada como una concepción degenerada que no merece refutación.

Con la muerte de la filosofía marxista, muere también su tectria de la revolución, que apoyándose en ella identifica los dos términos: evolución y revolución.

Dice Engels: «La tesis de que todo lo real es racional se trueca siguiendo todas las reglas del método discursivo hegeliano, en esta otra: todo lo que existe, merece perecer. Y en esto precisamente estribaba la verdadera significación y el carácter revolucionario de la filosofía hegeliana (a la que habremos de limitarnos aquí, como remate de todo el movimiento filosófico iniciado con Kant): en que daba al traste para siempre con el carácter definitivo de todos los resultados del pensamiento y de la acción del hombre. En Hegel, la verdad que trataba de conocer la filosofía no era ya una colección de tesis dogmáticas fijas que una vez encontradas, sólo había que aprenderse de memoria; ahora, la verdad residía en el proceso mismo del conocer, en la larga trayectoria histórica de la ciencia, que, desde las etapas inferiores, se remonta a fases cada vez más altas de conocimiento, pero sin llegar jamás, por el descubrimiento de una llamada verdad *absoluta*, a un punto en que ya no pueda seguir avanzando, en que sólo le resta cruzarse de brazos y sentarse a admirar la verdad absoluta conquistada. Y lo mismo que en el terreno de la filosofía, en los demás campos del conocimiento y en el de la actuación práctica. La historia, al igual que el conocimiento, no puede encontrar jamás su remate definitivo en un estado ideal perfecto de la humanidad; una sociedad perfecta, un «Estado» perfecto, son cosas que sólo pueden existir en la imaginación; en la realidad, acontece lo contrario: todos los estados históricos que se suceden no son más que otras tantas fases transitorias en el proceso infinito de desarrollo de la sociedad humana, desde lo inferior a lo superior. Todas las fases son necesarias, y por tanto legítimas, en cuanto al momento y a las condiciones que la engendran; pero todas caducan y pierden su razón de ser, al surgir condiciones nuevas y superiores, que van madurando poco a poco en su propio seno; bajo su imperio, tienen que ceder el paso a otra fase más alta, a la que también le llegará, en su día, la hora de caducar y perecer. Del mismo modo que la burguesía, por medio de la gran industria, la libre concurrencia y el mercado mundial, acabó prácticamente con todas las instituciones estables, consagradas por una venerable antigüedad, esta filosofía dialéctica acabó con todas las ideas de una verdad absoluta y definitiva y de un estado absoluto de la humanidad, congruente con aquélla. Ante esta filosofía, no prevalece nada definitivo, absoluto, consagrado; en todo pone de relieve lo que tiene de perecedero, y no

deja en pie más que el proceso ininterrumpido del nacimiento, el desarrollo y la muerte, una trayectoria ascensional sin fin desde lo más bajo hasta lo más alto, cuyo mero reflejo en el cerebro pensante es esta misma filosofía» (2).

Dos cosas se deducen de las palabras de este conocido teórico del marxismo: ante todo la propia destrucción del marxismo, ya que estando todo condenado a perecer en el proceso evolutivo sin fin y sin verdad «absoluta», también su mismo sistema cae bajo el mismo golpe que asesta a todo, y no puede justificar por qué razón no habiendo verdad «absoluta», él, marxista, podría admitir el marxismo como verdad «absoluta». Pero además de esta íntima contradicción destructora del marxismo en su misma raíz fundamental, se deduce también de la exposición de Engels que esta evolución que él propugna, es *destructora*, es decir, violenta (ya que sólo se daría destruyendo el momento precedente que pretendiese quedar salvando algo como «absoluto» o permanente); y por tanto en el marxismo evolución es revolución; y siendo falsa su teoría de la evolución, lo es igualmente la de la revolución, que en aquélla se apoya.

Las conocidas palabras de Marx en el *Manifiesto del partido comunista* no son más que una expresión en lo social, de esta mentalidad que es tan pobre y miserable en lo filosófico: «Los comunistas laboran por llegar a la unión y a la inteligencia de los partidos democráticos de todos los países. Los comunistas no tienen por qué disimular sus ideas e intenciones. Abiertamente, declaran que sus objetivos sólo pueden alcanzarse derrocando por la violencia todo el orden social existente. ¡Tiembren las clases gobernantes ante la perspectiva de una revolución comunista!» (3).

#### IV. — LOS FRUTOS DE IDENTIFICAR LA EVOLUCION CON LA REVOLUCION

Así como la *teoría* evolucionística lógicamente se autodestruye, según ya hemos expuesto, así también la *práctica* de esta concepción (¡y es obvia esta consecuencia!) también será autodestructor. La revolución ha sido siempre como Saturno, que devora a sus propios hijos; o si se prefiere, es como el fuego, que sólo se conserva y alimenta de la destrucción de lo mismo que le da vida.

(2) ENGELS F.: *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. En CARLOS MARX, *Obras escogidas*. Edición del Instituto Marx-Engels-Lenin, de Moscú bajo la dirección de V. Adoratsky. Trad. española de W. Roces. Barcelona 1938, tomo I, pág. 399-400.

(3) MARX, Carlos: *Manifiesto del partido comunista*, § IV. o. c. pág. 233.

Esto se expresó con acertadísimas palabras en 1937: «Ya no queda más que aquella temible conjuración de crímenes, que vemos en Rusia, donde los viejos compañeros de conspiración y lucha *se dan mutuamente la muerte*» (4).

De hecho, así sucede en el «Paraíso soviético» con sus constantes procesos criminales. Parece que si bajo este régimen revolucionario la vida fuese tan feliz, como dicen que pasa con la revolución, no habría en él espías, conspiradores, traidores, etc. A lo más se comprendería que *una vez o dos veces*, hubiera un hombre medio loco que no comprendiese esta felicidad, y que ocasionalmente saliese entonces un traidor. Pero en este caso, si todos los demás habitantes estuvieran en la felicidad revolucionaria, estos traidores no ofrecerían ningún peligro, porque la masa del pueblo reaccionaría contra ellos. No obstante, ¿qué sucede? Todo al revés. Constantemente, sin parar, hay tras el telón de acero sensacionales procesos: campos de concentración para los traidores, sentencias de condenados a muerte para escarmiento de los demás; hay un miedo tan enorme a los traidores, que un telón de acero no basta para proteger este Estado, que debería poseer bajo la revolución una felicidad suma... ¿Cómo se explica todo esto sino porque la revolución lleva por sus mismos principios a la autodestrucción, y por tanto requiere siempre el terror y la violencia, como único medio para conservarse?

¿Cómo se explica que tantas veces los mismos comunistas extranjeros, cuando se les ha dado la opción de ir a vivir *perpetuamente* a Rusia no quieran ir a saborear las delicias de la revolución, y prefieran quedarse en las zonas donde aún quedan restos de la Civilización y Fe cristianas?

Son muy verdaderas (pero de un modo diametralmente distinto del fin y sentido que pretendió darles su autor) aquellas palabras de Engels: «Una de dos: o creemos en una revelación sobrenatural, o tenemos que reconocer que no hay prédica religiosa capaz de apuntalar una sociedad que se derrumba» (5). Así es. El hombre soberbio del racionalismo humanista empezó perpetrando una revolución en 1517, y gritó: admitimos a Jesucristo, pero no queremos su Iglesia; de aquí vino otra revolución más acentuada, al proclamar en 1792: no queremos a Jesucristo, sino a Dios, sólo con nuestra razón; luego en 1883-1885 llevó más lejos la misma revolución las consecuencias con el grito «Dios ha muerto», no queremos a Dios, ni la razón, sino sólo la fuerza biótica, animal; y por fin en 1917 la revolución marxista consumó con la triste realidad que está ante nuestros

(4) Son palabras de PIO XI en la Encíclica *Divini Redemptoris*, Act. Apos. Sed. XXIX (1937) 77. El subrayado es mío.

(5) ENGELS, F.: o. c., *ibid.*, pág. 393.

ojos las consecuencias ulteriores. De la revolución liberal de 1792 se pasó a la revolución marxista de 1848.

Se cumple, también la ley: *la revolución se autodestruye; lejos de edificar un bienestar estable, la violencia engendra violencia*. La revolución es, pues, radicalmente incapaz de producir *intrínsecamente* (es decir, como sistema) el bien de la humanidad; no niego que como *mera ocasión*, (es decir, extrínsecamente) pueda a veces producir bienes cuando destruye la tiranía de un gobierno ilegítimo y tiránico: pero como sistema, la revolución no ayuda al progreso sólido y verdadero de la humanidad.

Sólo lo producirá el día en que la revolución se revolucione contra las revoluciones, y corte de raíz este cáncer y tumor monstruoso que por sus propios crímenes le ha salido a la pobre humanidad.

#### V. — CONCEPCION CRISTIANA DE LA REVOLUCION Y DE LA EVOLUCION

La Verdad cristiana no admite la rebeldía contra la legítima autoridad: la rebelión contra la legítima Autoridad es esencialmente mala.

Sólo admite que en aquellos casos en que la Autoridad se haya convertido en una total tiranía que dañe grandemente al bien común, y no haya otros medios legales para oponerse a ella, que entonces ya no es legítima autoridad, sólo entonces se tenga por lícito oponerse por la violencia de las armas, es decir, mediante la revolución violenta.

Pero este caso no es un caso «normal» de evolución; es sólo un caso «accidental» que demuestra que en aquella sociedad había habido un grave morbo, o por abuso de autoritarismo, o al revés por el exceso de la demagogia.

Lo normal, pues, no es la revolución; es la evolución. Un poder fuerte, sí; sin él la vida de las sociedades se desintegra, como mueren las plantas que no pueden conservar su síntesis vital. Pero precisamente porque este poder ha de trabajar para el bien de «todo» el cuerpo y no para sí, ha de estar haciendo que las estructuras sociales evolucionen constantemente, según lo que el bien de la sociedad exija en cada tiempo. Entonces esta evolución evita la revolución, y es un principio fecundo de ininterrumpido progreso.

Por lo demás así ha hecho el cristianismo al humanizar y endulzar las tristes y duras condiciones de la sociedad pagana respecto de los pobres, los enfermos, los desvalidos de la fortuna y del poder.



Oigamos unas palabras sumamente significativas: «Por primera vez se oyó en el mundo, de labios de los predicadores del Evangelio, la verdadera y fraterna afinidad de los hombres de todo el mundo, raza y condición, completamente desconocida (con este grado de firmeza y de perfección) en los siglos anteriores. Lo cual sin ninguna duda contribuyó eficazmente para abolir la esclavitud; pero esto *no lo hizo con sangrientas revueltas, sino por la fuerza interna de esta doctrina*, con la cual conmovida la noble señora romana, abrazaba a su esclava como si fuera una hermana» (6). Son palabras de Pío XI en su Encíclica sobre el Comunismo. Es decir, el cristianismo con la fuerza de su verdad contribuyó poderosamente a una evolución sin revolución.

Esto es también lo que inició en el siglo XVII en Francia, movido por el mismo espíritu cristiano, San Vicente de Paúl; y si todos los franceses de entonces hubieran estado poseídos del mismo espíritu del Evangelio y hubiesen secundado su movimiento, no habría sobrevenido la otra revolución, un siglo más tarde.

También levantó su voz la Iglesia contra la esclavitud de los negros, arrancados a Africa y llevados violentamente a América. Por ejemplo, Urbano VIII el 22 de abril de 1639, después de recordar lo que en este sentido ya había establecido Paulo III, al prohibir bajo pena de excomunión que se redujese a esclavitud a los indígenas, y que se les despojase de sus bienes, afirma que sus palabras no fueron oídas; y en consecuencia, ordena severamente: «Nos, ipsius Pauli praedecessoris vestigiis inhaerendo, ac impiorum ausus, qui Indos praedictos, quos omnibus christianae charitatis et mansuetudinis officiis ad suscipiendam Christi fidem inducere oportet, inhumanitatis actibus ab illa deterrent, reprimere volentes, tibi per praesentes committimus et mandamus, ut per te, vel alium, seu alios, omnibus Indis, tam in Paraguariae et Brasiliae provinciis ac ad flumen de la Plata nuncupatum, quam in quibusvis aliis regionibus et locis in Indiis occidentalibus et meridionalibus [Africa] existentibus, in praemissis efficacis defensionis praesidio assistentes, universis et singulis personis [...] sub excommunicationis latae sententiae [...] poena [...] districtius inhibeas, ne de cetero praedictos Indos in servitutem redigere, vendere, emere, commutare, vel donare, ab uxoribus et filiis suis separare, rebus et bonis spoliare, ad alia loca deducere et transmittere, aut quoquo modo praedicta agentibus, consilium, auxilium, favorem et operam quocumque praetextu et quaesito colore

---

(6) PIUS XI, *Divini Redemptoris*, § III, Act. Apost. Sed. XXIX (1937) 84. El subrayado es mío.

praestare, aut id licitum praedicare, seu docere, ac alias quomodo libet praemissis cooperari, audeant seu praesumant» (7).

No hay duda que el espíritu de la revolución cristiana, que no puede llamarse «revolución» por violencia ninguna, sino por exigir una «evolución» total de nuestras costumbres paganizadas, este espíritu es el único que realmente asegura una mutación beneficiosamente constructiva y siempre actual en los problemas y transformación de las estructuras de la sociedad.

Pero ¿ha podido siempre este espíritu cristiano, hacer lo que quería, o sólo cuando aquellos otros hombres de la revolución se lo permitían en pequeña medida?

#### VI. — LOS FRUTOS DE LA EVOLUCION PREDICADA POR EL CRISTIANISMO

Sería empresa voluminosa, digna de una Historia que todavía está por escribir, la descripción detallada de los innumerables bienes que ha producido la lenta, pero segura y eficaz, evolución cristiana, que no procede por violencias revolucionarias, sino por una transformación callada y profunda, que actúa por convicción y por amor, por la fuerza interna de la doctrina de la Verdad.

No obstante ocurre a algunos una pregunta: ¿por qué la Iglesia no ha conseguido una estructura social mejor, en nuestros tiempos? ¿por qué no fué más pronta en reaccionar contra el liberalismo de principios del siglo XIX?

¡No está mal! De modo que a fines del siglo XVIII declaran una guerra a muerte, a la Fe y a la libertad de la Iglesia. Los descendientes lejanos de aquella tradición revolucionaria, paganizante y racionalista, llegan al poder, y desde allí con proclamas de «¡viva la libertad! ¡viva la razón!» encadenan a la Iglesia: le arrancan la enseñanza de las Universidades, destierran a los religiosos, les prohíben o por lo menos les dificultan cuanto pueden la enseñanza secundaria y la elemental, roban los bienes eclesiásticos condenando a la miseria las obras de apostolado, calumnian el dogma católico que se opone al desenfreno de su «razón»... y entonces, al contemplar los tristes frutos (el liberalismo económico fué una consecuencia del liberalismo jurídico: y de ahí se pasó por reacción espontánea al extremo opuesto que es el totalitarismo marxista), entonces levantan los brazos y claman escandalizados, que la Iglesia ¡no ha impedido estos males de la sociedad! Pero ¿cómo queríais que los impidiese si vosotros mismos le habíais atado las dos ma-

(7) *Bullarum dipl. et priv. Sanct. Rom. Pont. Taurinensis editio*, tom. XIV, Urbanus VIII, pág. 712-713.

nos y habíais proclamado con violencia un Estado laico, arrancando la Fe de los pueblos? ¿No hacía lo bastante la Iglesia con aguantar el golpe y esperar tiempos de más justicia, para actuar cuando su acción pudiese ser eficaz?

Pero ¿qué ha hecho el catolicismo allí donde realmente se lo ha dejado actuar, según el espíritu propio que tomaba posesión del alma de unos hombres?

Ha hecho lo que sabemos que hizo en el siglo I por San Pablo, hacia el año 60. Un cristiano llamado Filemón tenía un esclavo por nombre Onésimo. Este robó y después se escapó de casa de su amo. Llegó a Roma el fugitivo, y allí se encontró con San Pablo, entonces prisionero que lo convirtió a la Fe y lo bautizó. ¿Qué hizo entonces San Pablo? ¿dejó intacta la estructura social de la esclavitud del siglo primero, entregando a los azotes y a la muerte a aquel pobre esclavo, ladrón y fugitivo? No; no podía proceder así quien estaba poseído por el espíritu de Jesucristo. Sabía muy bien que a veces algo puede ser «legal» y «sin embargo «injusto» o por lo menos no «caritativo».

Pues entonces, ¿qué hizo San Pablo? ¿acaso proclamó la rebeldía, incitándolo a la violencia? ¿acudió a este recurso tan desgraciado que consiste en proclamar constantemente revoluciones para hacerse «el hombre» (como decimos), dejando que otros reciban los golpes de una proclama revolucionaria desgraciada? Tampoco. No es éste, ni lo será nunca, el espíritu de la evolución cristiana.

Pablo envía a Onésimo para que se presente de nuevo a Filemón. Pero le entrega una carta, en la que él mismo pide perdón y ruega que lo reciba y trate no como según las leyes de entonces merecía un ladrón y fugitivo, sino como a un hijo, sí, hijo en Jesucristo: «Te ruego por mi hijo, a quien engendré en las prisiones. Onésimo» (*Phil.*, 10).

Pero ¿si era un esclavo, un pobre, sucio y maloliente esclavo! ¿No importa! Ante los ojos sobrenaturales sólo hay hermanos: por esto dice a Filemón: «quizás por esto se escapó por un tiempo, para que lo recobres para siempre, no ya como esclavo, sino más que esclavo, como hermano querido, singularmente para mí, pero ¿cuánto más para ti, tanto en la carne, como en el Señor! Si, pues, me consideras como una cosa contigo, acógello a él como a mí. Que si en algo te perjudicó o algo te debe, eso ponlo a mi cuenta. «Yo, Pablo, lo firmo de mi puño y letra, yo lo pagaré», por no decirte que aun tú mismo te debes a mí. Sí, hermano, reciba yo de ti gozo en el Señor; alivia mis entrañas en Cristo» (*Phil.*, 10-20).

Al leer estas sublimes líneas de San Pablo, espontáneamente le ocurre a uno aquella exclamación que proferían los antiguos paganos cuando veían a los cristianos: «¡mirad cómo se aman!»

Esta es la verdadera base positiva y constructiva de la revo-

lución cristiana. Las leyes, los gobiernos, la sociedad, lejos de ser laicos e indiferentes, que se inspiren en ella para realizar la única revolución buena y eficaz, que no es la revolución que rompiendo con la tradición y sus tesoros, lanza a la sociedad al caos, sino la evolución desde aquel triste grito de un hijo de la revolución, Hobbes, «homo, homini, lupus», «el hombre es para el hombre un lobo», hasta llegar a la proclama cristiana: «homo, homini, frater», «el hombre es para el hombre, un hermano».

Por otra parte si los hombres de nuestra sociedad saben abrir los ojos y en vez de aferrarse a rutinas esencialmente abocadas al fracaso y al desorden, comprenden la necesidad de una continua evolución, e instruyendo a las masas en la verdad de nuestra Fe, les dan al mismo tiempo la oportunidad para vivir con una consideración y un nivel propio de una sociedad plenamente católica, entonces, y sólo entonces, se habrán sentado las bases firmes para una sociedad de «paz perpétua», como tantas veces soñaron, pero en vano los filósofos del siglo XVIII, hijos de una desgraciada revolución.

JUAN ROIG GIRONELLA, S. I.

*Profesor de Metafísica  
en la Facultad Filosófica del Colegio  
de S. Francisco de Borja.  
(San Cugat del Vallés - Barcelona).*